

La Cofradía del Colesterol ha otorgado uno de sus prestigiados galardones a la

“Universidad de Oviedo, por sus 400 años formando a los asturianos, los últimos 35 a profesionales de la salud, tanto en medicina como en enfermería, en sus diferentes especialidades”.

Realmente 400 años son toda una vida.

Una gran vida. Pero una vida de institución; a escala humana parecen una barbaridad, a escala de las universidades no está mal, pues sitúa a nuestra “alma mater” en la mitad de la tabla en cuanto a la edad de las universidades del mundo.

El tiempo, dicen los físicos desde comienzos del siglo XX, es relativo. Tal parece que cada observador tiene una medida del tiempo. Por eso los físicos hablan de distintas “flechas del tiempo”.

Una de éstas es la termodinámica, que hiere con el desorden, pues con el tiempo aumenta la entropía, es decir la tendencia que tienen las cosas a ir empeorando. Otra es la psicológica, con la que sentimos la trayectoria de nuestra vida. Y otra la flecha cosmológica, la que conduce la expansión del universo.

Pues bien, siguiendo con esta consideración del carácter relativo del tiempo en función del observador, aún deberíamos introducir otras flechas entre la psicológica y la cosmológica, así aparece la del tiempo de las instituciones; la de los territorios; la histórica, la geológica... Cada una de las dimensiones de observación tiene su “tempo”: el de las instituciones es el de evolución más rápida, unos siglos; el de los territorios es de poca mayor duración; el histórico se mide en edades y ve edificarse y caer grandes civilizaciones; y, finalmente, el geológico, sumido entre movimientos telúricos y glaciaciones, se mide en eones.

Los tiempos de las instituciones y de los territorios son de escala local y regional, y tienen mucha importancia para la gente común. Se relacionan muy bien con el tiempo psicológico, pues la memoria histórica o caja negra o inteligencia territorial de las comunidades es compartida, más o menos, por cada sujeto perteneciente a la misma (las historias que me contaba mi abuela cuando recordaba las vivencias de la suya). En una palabra, las instituciones son muy importantes para la vida local y regional y, en principio, que tengan solera, tradición, pasado e historia es bueno, pues indica que esa sociedad se ha dotado de elementos para convivir mejor, y obtener, dentro de sus limitadas posibilidades, mayor bienestar. Son herramientas para prevenirse contra el riesgo previsible que siempre acompaña a las sociedades, y para intentar controlar el cambio, que siempre es arriesgado. Pero como a todo, también a las instituciones les afecta la segunda ley de la termodinámica, según la cual “la cantidad de desorden tiende a incrementarse con el tiempo”. Por eso, debemos felicitarnos de que una institución dedicada al conocimiento y a su difusión sobreviva a la entropía, al desorden, y cumpla 400 años.

Pero, ¿qué es lo que hace que las universidades venzan a este principio de ineluctable cumplimiento?. Veamos. La academia es una organización de servicios avanzados, de libertad creadora; su valor no está en las máquinas que posee sino en la cabeza y en el corazón de sus profesores, investigadores y alumnos; en definitiva, en el genio

creador de sus componentes, que poseen, con su conocimiento y con la instrucción que ofrecen, la herramienta de producción más poderosa de que el hombre dispone.

Así que sabiendo a que se dedica esta institución (al conocimiento) y de dónde saca su valor añadido (de su gente) debemos pensar que el genio que lucha contra la termodinámica debe estar entre sus miembros componentes. Para obtener una conclusión a esta hipótesis debemos fijarnos en lo que tenemos delante, que en este caso es la universidad premiada a través de su facultad de Medicina y escuelas sanitarias. En cuyo nacimiento y rumbo destaca una persona a la que todos reconocen con respeto y admiración, se trata de D. Antonio Pérez Casas, decano-comisario para su creación en 1968 y catedrático de Anatomía en Valladolid, quien rompiendo la costumbre no vuelve a su asentada cátedra después de acabar su misión creadora en Oviedo, sino que sigue en el empeño de sacar adelante su criatura asturiana hasta sus últimos días.

Es decir, estamos hablando de un maestro, y como él en esos mismo años la Universidad de Oviedo presenta una serie de catedráticos que van a dirigir la reestructuración de la Universidad, añadiéndole más valor, creando de la nada nuevas escuelas y facultades, en un tiempo muy distinto al actual. Hoy ya tenemos perspectiva para otorgarles esta cualidad y reconocer su importancia en la lucha contra el desorden sistémico, contra el segundo principio de la termodinámica o, si así lo quieren, contra la Ley de Murphy, ¡si algo puede salir mal, con el tiempo saldrá mal!

Tal parece que periódicamente la Universidad se renueva por una acción excelente de una generación de profesores que la recomponen para otro ciclo de vida creativa. Seguro que siempre hay magníficas individualidades, pero para mover una institución tan pesada y provocar una nueva oleada de valor, probablemente se necesite de una atmósfera de cambio, que se genera cuando se alinean una serie de astros. La Universidad de Oviedo conoció periódicamente el empuje de estas oleadas, provocadas por generaciones de preclaros profesores; por ejemplo la de fines del XIX, y creo que se puede distinguir la acción de otra a partir de 1970, en la que el profesor Casas es acompañado por Alarcos, Arribas, Bueno, Galmés o Quirós, y otros que me disculparán si no cito. Todos son hoy reconocidos como maestros no sólo por sus discípulos sino por la gente.

En ellos se observan una serie de elementos comunes: vienen para quedarse (por tanto se comprometen con el territorio) al que traen tradición y en el que crean escuela; son generosos, pues en condiciones de necesidad se entregan para sacar adelante su proyecto, que es de interés general; quizás no sean los más sabios (que lo son) pero son los más respetados y admirados, no son profesores “blandos” sino coherentes. Aquí tengo que recordar como los alumnos de Medicina llamaban al destartalado Seat 600 del profesor Casas, “la aceituna”, y no por su color, verde, sino porque “el hueso va dentro”. Aceptan riesgos y los toman, pues saben que son inherentes al proyecto que traen entre manos. ¿Quién se ha parado a pensar cómo podían hacer sus prácticas de anatomía los jóvenes estudiantes y de dónde procedían y cómo viajaban los imprescindibles cuerpos en una región que desconocía tal necesidad y además nadie se la había planteado más allá del profesor de prácticas?.

Igualmente los maestros son capaces de generar un ambiente de excelencia; esto es, aquel que está un punto por encima de la calidad, esa que se mide con gruesos libros de procedimientos, mientras que la excelencia se respira. Su ejemplo irradia una práctica que normalmente no se escribe y crea pautas de acción que periódicamente vivifican la rancia atmósfera que suele envolver a las viejas instituciones, remociéndolas.

La Facultad de Medicina de Oviedo tuvo una breve existencia de tres lustros a fines del siglo XVIII. No podemos invocar esto como precedente de la que el profesor Pérez Casas crea como decano-comisario en 1968 y con la que se comienza a superar una situación en la que la Universidad de Oviedo está reducida a los estudios de Derecho, Ciencias y Filosofía y Letras, albergados en un único edificio de tan solo 4.500 m². En esa misma década la Universidad conoce un espectacular crecimiento del número de alumnos y de centros de enseñanza, expansión o mejor explosión que va a estar marcada por la falta de previsión y la dispersión de lo nuevo. Que en esas condiciones se creen facultades y departamentos que hoy están entre los mejores de España tiene mucho mérito y ha sido muy bueno para el país, y eso en gran parte se debe a la acción excelente de unos profesores, cuyo genio creador mueve a la institución y hace que ésta pase, con un nuevo valor añadido, a otra fase de su tiempo de vida, a ellos les llamamos maestros. Hoy están con nosotros algunos, cuya labor ejemplar es reconocida con estos premios, y debe estar en nuestro recuerdo quien contribuyó de manera decisiva a dar vida a la facultad de Medicina hace 40 años. Que este premio sea un recuerdo a D. Antonio Pérez Casas, maestro de médicos que ejerció en Asturias, y a todos los demás maestros que luchan contra la entropía.

Muchas gracias por su atención y por cierto ¡Feliz cumpleaños, Universidad y feliz cumpleaños maestro!

Avilés, 11 de noviembre de 2008